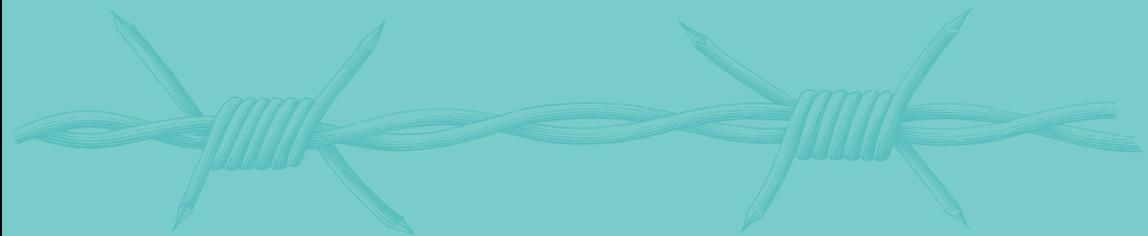




PHILIPP THER

# Extranjeros Refugiados en Europa desde 1492



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

EXTRANJEROS  
Refugiados en Europa desde 1492

*Philipp Ther*

*Traducción de Antonio Escobar Tortosa*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Die Außenseiter. Flucht, Flüchtlinge und Integration im modernen Europa*

© Suhrkamp Verlag Berlin 2017

All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin

© De la traducción, Antonio Escobar Tortosa

© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza  
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)

1.ª edición, 2022

Traducción de *The Outsiders. Refugees in Europe since 1492*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2019

El Fondo Austriaco para la Ciencia (Fonds zur Förderung der wissenschaftlichen Forschung, FWF) ha financiado parcialmente la presente traducción

Colección Ciencias Sociales, n.º 159

Director de la colección: Pedro Rújula López

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12  
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330  
[puz@unizar.es](mailto:puz@unizar.es)      <http://puz.unizar.es>

La colección Ciencias Sociales de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN: 978-84-1340-441-7

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D. L.: Z 375-2022

*DRAMATIS PERSONAE*  
(POR ORDEN ALFABÉTICO)

Manuel Alarcón Navarro (1898-1939/40)

Madeleine Albright (1937-)

Hannah Arendt (1906-1975)

Lord George Curzon (1859-1925)

La familia Dublon (extinguida en 1944)

Jerzy Giedroyc (1906-2000)

Ruth Klüger (1931-)

Tadeusz Kościuszko (1746-1817)

Alan Kurdi (2012-2015)

Giuseppe Mazzini (1805-1872)

Talaat Paşa (1874-1921)

Reina Rania de Jordania (1970-)

La familia Robillard (1687-)

Conrad Schumann (1942-1998)

Manès Sperber (1906-1985)

Erika Steinbach (1943-)

## INTRODUCCIÓN.

### REFUGIADOS Y BÚSQUEDA DE ASILO DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

La escena que se presentó ante los miembros de la comisión internacional en los campos de refugiados, tanto en las islas griegas como en el continente, resultaba a todas luces difícil de expresar con palabras:

Desde la perspectiva humanitaria, lo ocurrido escapa a la imaginación. Solo aquellos que han visto la miseria, la indigencia, la enfermedad y la muerte en todas sus formas posibles podrían tratar de comprenderlo. Y, aun así, la magnitud del desastre era tan inédita que incluso a estas personas les exigiría una nueva visión.<sup>1</sup>

Un reportero de la revista estadounidense *Foreign Affairs* recurrió a comparaciones extraídas del reino animal: «[Los] refugiados [...] mantenían una existencia propia de zorros en tiendas de campaña, barracones de madera, refugios de ramas o césped, incluso en cuevas».<sup>2</sup>

En Alemania hacía demasiado frío para este tipo de alojamientos, pero un reportaje en el *Neue Berliner Zeitung* sobre el Scheunenviertel (el barrio berlinés que albergaba a judíos y otros inmigrantes pobres del este de Europa) reflejaba una situación igualmente desesperada:

En esta pensión se alojan unos 120 refugiados judíos del Este. Muchos de los huéspedes llegados directamente de los campos de prisioneros de guerra rusos. Sus ropas les daban el aspecto de una grotesca Internacional de obreros harapientos. En su mirada se advertía un sufrimiento milenario. También había mujeres que cargaban a sus hijos a la espalda como fardos de ropa sucia, y niños patizambos que se arrastraban por un mundo raquíptico mordisqueando cortezas de pan duro.<sup>3</sup>

En los centros de alojamiento temporal de Viena, la situación no era mejor. Según informes de la época, veinticinco refugiados malvivían en promedio en cada una de las viviendas habilitadas, a razón de entre ocho y diez personas por habitación.<sup>4</sup> La estrechez, la pobreza y las malas condiciones higiénicas eran un caldo de cultivo ideal para pulgas, chinches y piojos que, a su vez, transmitían el tifus, enfermedad hoy casi olvidada pero que entonces a menudo resultaba fatal. Además, había brotes recurrentes de disentería, viruela, tuberculosis y gripe. La muerte fue un compañero omnipresente de los apátridas; en los campos de refugiados griegos, hasta 70 000 personas murieron de desnutrición, enfermedades y epidemias.<sup>5</sup>

El autor de este conmovedor reportaje sobre el Scheunenviertel fue el escritor Joseph Roth, quien a su vez se vio obligado a emprender la huida varias veces a lo largo de su vida, hasta que su última huida de Alemania en 1933 y las razones que la motivaron le resultaron tan insoportables que se entregó a la bebida hasta morir en el exilio parisino. Los otros dos pasajes citados arriba también proceden de 1923; relatan la miseria de los griegos de Asia Menor tras el «intercambio de poblaciones» acordado por Grecia y Turquía en el tratado de Lausana. En Europa y sus regiones limítrofes de Oriente Medio se estaba desarrollando entonces una auténtica «crisis de refugiados», en parte a lo largo de la misma «ruta del Mediterráneo» y «de los Balcanes» que seguirían los refugiados de 2015. La escala de la huida masiva de refugiados de hace casi cien años fue, no obstante, incomparablemente mayor; a principios de la década de 1920 había cerca de siete millones de personas en busca de asilo: casi tres millones huían de la revolución y la guerra civil en Rusia, dos millones de la guerra greco-turca que estalló en 1919, y más de un millón y medio intentaban escapar de varias guerras y conflictos locales hacia el final de la «larga» Primera Guerra Mundial, que en Europa del Este y Sudeste no concluyó realmente hasta en torno a 1923.

Estas riadas de refugiados (si se me permite el recurso a la metáfora de las fuerzas de la naturaleza) fueron con todo un mero riachuelo en comparación con el diluvio que siguió al nazismo y la Segunda Guerra Mundial. En la década de 1940, al menos treinta millones de europeos se encontraban en un trance similar, cifra que no incluye a los trabajadores forzados desplazados ni a los prisioneros de guerra. De dos a tres millones de perso-

nas deambulaban por las calles de la Alemania ocupada en 1945, junto a otros tantos cientos de miles en Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Austria, Yugoslavia, Bulgaria, Rumanía, Grecia, Finlandia o la Unión Soviética. Las personas mayores y los niños, en particular, perecían con frecuencia debido a la dureza de su situación.

Los desastres humanitarios que siguieron a ambas guerras mundiales tuvieron al menos un resultado positivo: la comunidad internacional se hizo cargo de los refugiados. En 1921, la recientemente creada Sociedad de Naciones, como reacción a la huida masiva de los bolcheviques, nombró al conocido naturalista y explorador noruego Fridtjof Nansen «alto comisionado para los Refugiados Rusos». <sup>6</sup> El adjetivo «rusos» no tardó en omitirse, ya que un año después el mandato de Nansen se extendió a Grecia, que a los pocos meses de su catastrófica derrota a manos del ejército turco tuvo que acoger a más de medio millón de refugiados de Asia Menor. <sup>7</sup> Tras el Tratado de Lausana, que aprobó la primera limpieza étnica en dos países enteros (las únicas excepciones fueron Tracia Occidental, en Grecia, y Estambul, en Turquía), el número de refugiados volvió a incrementarse significativamente. <sup>8</sup>

Un tiempo después, en esa misma década, siguió una breve pausa en esta historia de movimientos masivos de refugiados; gracias a la mejora de la situación económica, quienes recientemente habían huido de sus países de origen tuvieron oportunidad de echar raíces en los países de acogida. Algunos Estados como Francia incluso acogieron a refugiados de manera voluntaria para compensar sus pérdidas demográficas a causa de la guerra. Pero ya en 1933 comenzaba el siguiente éxodo masivo desde el Reich alemán: casi 60 000 personas huyeron de los nazis, y a finales de esa década les siguieron otras 370 000, la mayoría judíos. La Sociedad de Naciones reaccionó a este nuevo desafío en 1933 con una convención para los refugiados de Alemania, seguida en 1938 por una convención similar para los refugiados de Austria.

A diferencia de lo ocurrido a principios de la década de 1920, el mayor problema no era ya la desesperada situación de los refugiados, sino la escasa disposición a acogerlos del resto de países. Ejemplo de ello es la tristemente célebre Conferencia de Evian, en la que todos los intentos por acoger y reasentar en diversos países a los refugiados judíos terminaron en fracaso. Cientos de miles de judíos que no lograron huir a tiempo de

Alemania y la Austria anexada murieron en los campos de concentración alemanes.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la comunidad internacional extrajo conclusiones de gran calado de aquella experiencia. En 1946, bajo el paraguas de Naciones Unidas, se fundó la Organización Internacional para los Refugiados (OIR), que en un principio atendió sobre todo a personas desplazadas (DP, por sus siglas en inglés) en Alemania, Austria, Italia y otros países. Cuatro años más tarde, tras arduas negociaciones, surgió de ella ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados), que hasta el día de hoy presta asistencia a grupos de refugiados por todo el mundo. El historiador británico Peter Gatrell ha constatado el aumento de la ayuda internacional a los refugiados gracias a sus intervenciones,<sup>9</sup> aunque la mayor parte de las veces con retraso y, hasta la fecha, sin recursos económicos suficientes.

La desesperada situación de los refugiados tras ambas guerras mundiales obligó a la comunidad internacional a acotar el concepto de «refugiado». Asunto este de importancia, lógicamente, también aquí, puesto que distinguir a los refugiados de otros grupos de migrantes ya resultaba controvertido en el siglo XIX y continúa siéndolo hasta hoy.<sup>10</sup> El concepto en sí es de origen francés, proviene de la época de los hugonotes, de ahí que ese período sea tratado en profundidad en el primer capítulo del presente volumen. Resulta llamativo que el trato a los refugiados en los inicios de la Europa moderna fuese a menudo más imaginativo y hospitalario que en períodos posteriores. Lo mismo ocurre con la época de la Guerra Fría, cuando la comunidad internacional reaccionó con rapidez, eficacia y solidaridad a diversas crisis (como la invasión de Hungría por parte del Ejército Rojo en 1956 y el éxodo de la «gente de los botes» que huía de Vietnam a finales de la década de 1970). De estas observaciones y comparaciones históricas no pueden extraerse recetas para los desafíos políticos contemporáneos, pero las dimensiones históricas más profundas abren sin lugar a dudas nuevos horizontes para los legisladores actuales.

En la década de 1920, la Sociedad de Naciones todavía se ocupaba de los refugiados caso por caso; rusos, griegos, armenios y cristianos asirios eran considerados «refugiados» puesto que se trataba de «apátridas» que carecían de «la protección legal de sus gobiernos».<sup>11</sup> El estatuto jurídico de «apátrida» (como más tarde lo denominaría Hannah Arendt) era, de he-

cho, un problema importante en un mundo de Estados nación, pues excluía a los refugiados del mercado laboral oficial y del mercado de la vivienda, así como de prestaciones sociales en los países de llegada, y suponía un obstáculo en cada cruce de frontera. La Sociedad de Naciones intentó facilitarles el tránsito emitiéndoles documentos de identidad y viaje, los llamados «pasaportes Nansen». Esta medida fue, dejando al margen la asistencia de emergencia proporcionada en numerosos campos de acogida, la primera incursión del siglo xx en la política internacional de refugiados y la primera prueba de fuego para el concepto de reasentamiento internacional.

La Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 pasó del análisis caso por caso a una definición común de los refugiados que enumeraba la persecución política, nacional, racial, social y religiosa como motivos para huir de un país.<sup>12</sup> Sin embargo, la convención se limitó en un principio a Europa y solo era aplicable a aquellos refugiados que se hubieran visto obligados a abandonar sus países de origen con anterioridad a 1951. Estas limitaciones geográficas y temporales fueron necesarias para forzar que los países comunistas aprobaran la convención en las Naciones Unidas. Junto a diversos párrafos sobre el trato humano a los refugiados, la convención contenía una prohibición de las repatriaciones forzosas (principio de no devolución): los refugiados no podían ser repatriados a sus Estados de origen en contra de su voluntad. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, los principales Aliados occidentales, Reino Unido y Estados Unidos, habían violado este principio en el caso de varios cientos de miles de ciudadanos soviéticos que huían de la URSS, con consecuencias fatales. De ahí que este libro también se centre en aquellos intentos de huida que fracasaron y en las consecuencias para los afectados.

Los signatarios de la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados (incluidas las numerosas agencias de ayuda que participaron en su redacción) se comprometieron a abrir el acceso al mercado laboral a los refugiados, reconocer sus títulos académicos y ponerlos en pie de igualdad en materia de prestaciones sociales.<sup>13</sup>

Estas estipulaciones, elaboradas en el transcurso de la historia, vienen a colación aquí, ante todo, porque han sido puestas en cuestión en varios países europeos como respuesta al éxodo masivo desde Oriente Próximo en 2015/16. Al mismo tiempo, las potencias signatarias de la Convención de Ginebra de 1951 restringieron el estatuto de refugiado a grupos específicos.

Debido a la experiencia del nazismo y en el contexto de la Guerra Fría, las víctimas de persecución política fueron situadas en primer plano. Por el contrario, los conflictos armados o guerras civiles no se mencionaron como motivos de huida. Los refugiados internos, que hasta hoy constituyen una mayoría entre todas las personas desplazadas, quedaron por completo al margen. Los doce millones de alemanes y los más de dos millones de polacos que huyeron de las regiones orientales de Polonia anexadas a la URSS en 1945 (los dos mayores grupos que perdieron sus hogares en la Europa de la posguerra) no fueron, por tanto, reconocidos como refugiados, aunque este análisis sí que los considera como tales.

La demanda de igualdad jurídica y social conlleva un imperativo de integración, si bien la Convención de 1951 no emplea este término. Al mismo tiempo, la condición de «refugiado» pasa de este modo a ser algo finito: según los estatutos de la ONU, aquellos que se naturalizan en sus Estados de acogida dejarían de ser considerados como tales, y justo ese es el punto de partida de este libro: la integración ha demostrado ser un mejor medio para resolver las crisis de refugiados, supuestas o reales, que los intentos, en su mayoría inútiles, de construir muros y vallas o el recurso a medidas violentas, como ocurrió con el telón de acero.

¿Es la integración un *télos* apropiado para una historiografía que trata sobre refugiados y relatos de huida individuales? La Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados parece darlo a entender, ya que una vez que un solicitante de asilo es acogido de forma permanente en el país anfitrión y puesto en igualdad de condiciones con la población local como se mencionó antes, su estatuto de «refugiado» expira de acuerdo con el derecho internacional. Aun así, la integración no es un proceso lineal e irreversible, a pesar de lo que parece sugerir gran parte de la investigación sociológica. (En la siguiente sección se detallan algunos datos adicionales respecto al término «integración» y el novedoso campo de la «historia de la integración»<sup>14</sup> Como se advierte al observar la historia de los refugiados y otros migrantes —y la huida es, en última instancia, una variante más de la migración—,<sup>15</sup> la integración ha ido a menudo acompañada de conflictos y, en ocasiones, de retrocesos.

Desde hace varios años existe un temor creciente en Europa de que la integración de los migrantes anteriores haya fracasado. Esta inquietud condiciona las actitudes hacia los refugiados, que cada vez son percibidos más

como una amenaza que como objetos de compasión y cuidado. Esta clase de alarmismo es prevalente sobre todo en Estados Unidos, donde Donald Trump decretó la prohibición de acoger a los refugiados nada más asumir la presidencia. Su decisión recibió mucha menos atención de la que merecía, pues los medios de comunicación estaban preocupados por la aprobación simultánea de su veto migratorio a once países musulmanes («Muslim Country Ban»). Sin embargo, es el veto a la entrada de refugiados, parte del cual se vio obligado a rescindir medio año después (aunque luego fue restablecido a determinados países a los que apuntaba la orden original), lo que podría haber sido más perjudicial para la resolución de conflictos internacionales, en especial para la ONU y ACNUR. Además de imponer restricciones al reasentamiento internacional, reducido entonces a niveles más bajos que los que prevalecieron inmediatamente después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, la administración Trump hizo retroceder los derechos de los refugiados y dificultó el acceso al país a los solicitantes de asilo. En Europa, los políticos de la derecha han exigido y, en la medida en que tienen el poder de hacerlo, aplicado políticas similares.

Desde una perspectiva histórica, el cierre de fronteras y la suspicacia hacia los refugiados no son nada nuevo. Lo cual también es cierto si hablamos de la historia de Estados Unidos; en la década de 1920 y nuevamente en la era del senador Joseph McCarthy en los años cincuenta, los refugiados venidos de Rusia y la Unión Soviética eran sospechosos de ser criptocomunistas y espías. Las 300 000 personas desplazadas que finalmente fueron acogidas en Estados Unidos a finales de la década de 1940, en el considerado como primer gran movimiento de refugiados, se toparon con una desconfianza muy arraigada en 1945 y 1946. Aunque la mayoría de ellos eran supervivientes del Holocausto, se necesitaron años de presión política, sobre todo por parte de las organizaciones judías, para que les fueran concedidos visados de entrada. Las preocupaciones humanitarias no prevalecieron hasta la década de los 70, como herencia del movimiento por los derechos civiles en EE. UU. y del mayo del 68 en Europa. A pesar de todo, como ha demostrado Carl Bon Tempo, este consenso en torno a los principios humanitarios siempre fue inestable, y pasó a serlo aún más a partir de 2001.<sup>16</sup> Desde 2015 parece hallarse en retroceso en casi todo el mundo occidental. Esta obra pretende indagar acerca de por qué han cambiado las actitudes hacia los refugiados y por qué se han ido abriendo y cerrando alternativamente las puertas a su aceptación, tanto en tiempos recientes como en otros más remotos.

A lo largo de la historia europea o estadounidense, los refugiados han sido utilizados repetidamente como objetos de demarcación. La razón es sencillamente que estos suelen llegar en calidad de personas extranjeras y sin recursos. La huida casi siempre acarrea la pérdida de propiedades, puestos de trabajo y posición social. Desde los días de Emile Durkheim y Georg Simmel, dos de los padres fundadores de la sociología moderna, sabemos que los extranjeros y los pobres suelen ser víctimas de prejuicios y condescendencia. Simmel ofreció una explicación para ello en su famoso ensayo *Exkurs über den Fremden*, en el que también retrató al extranjero como «el vagabundo *en potencia*». <sup>17</sup> En este caso, Simmel adquiere mayor relevancia debido a su teoría del poder. En contraste con el énfasis de Max Weber en los líderes carismáticos o la atención de Antonio Gramsci a la hegemonía estructural y discursiva, la preocupación de Simmel es el ámbito de acción disponible para aquellos que se enfrentan al poder y la jerarquía en el Estado y la sociedad. Empleando estudios de caso biográficos y un análisis estructural de *longue durée*, el presente volumen se propone pues indagar cuánto margen de maniobra tenían los refugiados durante su partida, a lo largo de las rutas de huida y en los países de llegada. <sup>18</sup>

Aunque su ámbito de acción directa era generalmente muy limitado, los refugiados aportaron cambios a los países que los recibieron. Así ocurrió, por ejemplo, con los refugiados de «Indochina» acogidos en EE. UU. a finales de los años setenta, cuyo reasentamiento marcó el fin definitivo de la inmigración «solo para blancos». La acogida de más de 400 000 personas provenientes del sudeste asiático constituyó un poderoso mensaje y una medida contra el racismo. Se puede aventurar una comparación limitada entre los Estados Unidos posteriores a Vietnam y (salvando el lapso temporal) la Alemania posterior al Holocausto que en 2015 también mantuvo sus puertas abiertas como prueba de que se había convertido en un país verdaderamente liberal, sin rastros de su pasado nazi. Sin embargo, tanto si las preocupaciones respecto a los refugiados se proyectan de manera negativa como positiva, estas muestran un rasgo común: se centran más en los países y sociedades de acogida que en los propios refugiados.

Aquí, por el contrario, entenderemos a los refugiados no como meros objetos de la historia, sino como sujetos y actores independientes que no deberían permanecer en el anonimato. Con este fin he incluido estudios de caso biográficos, «retratos analíticos» de refugiados individuales, algunos

de ellos personajes públicos o, al menos, familiares; otros, completamente desconocidos. El verdadero significado de la huida, el desarraigo, el (por lo general, arduo) intento de empezar de nuevo y el exilio permanente en un país extranjero a menudo se entienden mejor cuando se observan desde una perspectiva biográfica.

## Los refugiados como campo de investigación

La historia moderna de Europa está llena de refugiados. Algo similar ocurre en el caso de Estados Unidos, algunos de cuyos padres fundadores fueron disidentes religiosos y políticos. Thomas Paine, uno de ellos, escribió enérgicamente sobre los refugiados en 1776: «Cada rincón del viejo mundo está saturado por la opresión. La libertad ha sido perseguida alrededor del globo. Asia y África ya hace tiempo que la han expulsado. Europa la considera como una extraña e Inglaterra ya la ha repudiado. ¡Recibid al fugitivo y preparad a tiempo un asilo para la humanidad!».<sup>19</sup>

Debido a su relevancia para la historia europea y americana, existen docenas de libros sobre los refugiados. Resultaría imposible ofrecer siquiera una lista aproximada de esta bibliografía secundaria. Baste decir que en las últimas décadas algunos historiadores, entre ellos Peter Gatrell y Daniel Cohen, han escrito importantes publicaciones generalistas sobre los refugiados y las personas desplazadas.<sup>20</sup> Carl Bon Tempo, María Cristina García y Stephen R. Porter han publicado algunas obras fundamentales sobre la política de refugiados en EE. UU.<sup>21</sup> Hay incluso más cobertura bibliográfica de períodos específicos de huidas masivas, como los años de entre guerras y posguerra y sobre países concretos de Europa. (Aquellos lectores menos interesados en estas reflexiones sobre los fundamentos de la investigación pueden pasar directamente al capítulo 1).<sup>22</sup> Una limitación común de gran parte de la bibliografía anterior es que se centra principalmente en las causas de la huida, en el acto de la huida en sí mismo y en las dificultades y miserias asociadas a esta o en las políticas de los Estados receptores, pero apenas presta atención a la agencia de los propios refugiados.

La descripción de lo que les sucede una vez huyen de sus hogares se omite en su mayoría, como si sus vidas hubieran terminado en los países de los que partieron o en los numerosos campos de refugiados que, por lo general, eran solo un destino provisional, no el definitivo.<sup>23</sup> Este libro, por

el contrario, tiene en cuenta la historia de los refugiados tras su llegada a sus respectivos países de acogida.<sup>24</sup> Este enfoque ampliado se sustenta en los ya mencionados «retratos analíticos» y en los estudios de grupos de refugiados (ofrecidos aquí con plena conciencia de los problemas que plantean las aproximaciones basadas en grupos),<sup>25</sup> aprovechando los hallazgos de la sociología histórica y la investigación en ciencias sociales (tanto del pasado como del presente) respecto a la integración de los refugiados.

Ampliar los horizontes del historiador para incluir las vidas posteriores de los refugiados, los años que siguen a su llegada, presenta de hecho un grave inconveniente: hace el tema aún más difícil de manejar. El enfoque más sencillo para estructurar esto hubiera sido poner todos los elementos en orden cronológico, comenzando (en principio) por el éxodo bíblico de los israelitas desde Egipto y terminando por la guerra civil en Siria. Pero el mero hecho de reunir todos los casos relevantes de huidas masivas de refugiados a lo largo de la historia humana (incluyendo ejemplos prehistóricos y de la antigüedad) sería una tarea demasiado vasta para un solo volumen. Además, un enfoque puramente cronológico confirmaría implícitamente una comprensión simplista de la historia en la que un flujo de tiempo único y lineal —lo que el lenguaje de la alta modernidad designó en su día como «progreso»— impregnaría el conjunto del mundo con igual intensidad. Para evitar estas trampas de la historiografía tradicional, esta monografía y sus capítulos individuales se encuentran estructurados topológicamente: primero se centra en los refugiados religiosos, luego en la huida del nacionalismo radical y de las limpiezas étnicas, y por último en la huida por motivos políticos.

El motivo de huida más antiguo en la historia europea moderna es la intolerancia religiosa. A finales del siglo xv, que es donde la mayoría de los historiadores establecen el comienzo de la era moderna, España fue el escenario de la primera persecución generalizada de las minorías religiosas. Para los musulmanes y los judíos resultaba casi imposible escapar a la Inquisición. Hasta los conversos, incluidos los de segunda y tercera generación, eran señalados. Aunque ya en la Edad Media se habían sucedido episodios locales de expulsiones colectivas (sobre todo en ciudades de la actual Alemania), el purgatorio terrenal que se abatió sobre la España cristiana fue especialmente radical y generalizado, y los movimientos de refugiados que generó se distinguieron asimismo por la dureza de sus condiciones. Algo así como medio millón de musulmanes y judíos se vieron

obligados a abandonar España, un número sin precedentes comparado con la población española y europea en aquel momento. El mismo término «refugiado religioso» en su acepción actual fue acuñado durante las guerras de religión de los siglos *xvi* y *xvii*.<sup>26</sup> En ellos se centra el primer capítulo, que incluye además ejemplos posteriores de persecución religiosa ya que las diferencias de fe y confesión religiosa también fueron empleadas de manera indebida en épocas posteriores (más recientemente en la antigua Yugoslavia) para excluir y expulsar a las minorías.

El nacionalismo moderno, que comenzó a surgir a finales del siglo *xviii*, fue la causa de un proceso cada vez más rígido tanto de exclusión como de inclusión y desencadenó las mayores crisis de refugiados de la historia. Solo en el siglo *xx*, alrededor de treinta millones de personas perdieron sus países de origen en Europa debido a un nacionalismo radical, étnico y en parte racista. Estas instancias de huida del nacionalismo se abordarán en el segundo capítulo.<sup>27</sup>

La otra cara de la moneda de la intolerancia y la persecución nacionalista fue la solidaridad nacional, que ayudó a los países a hacer frente a la afluencia masiva de refugiados. No obstante, la absorción e integración de los refugiados bajo auspicios nacionalistas tuvo un precio: elevó el nivel general de nacionalismo, que a menudo actuó como catalizador de conflictos y violencia adicionales.

La tercera variedad de huida tiene menos peso en términos puramente cuantitativos, pero hasta el día de hoy sigue modelando el derecho internacional y las percepciones sobre los refugiados en el mundo occidental. En el curso de las revoluciones americana y francesa, por primera vez un gran número de personas se vio obligado a exiliarse por motivos ideológicos. Esta historia de huidas por motivos políticos e ideológicos (en aras de la brevedad, centraremos nuestra atención en los primeros a lo largo de las páginas siguientes, aunque el nacionalismo constituye también, por supuesto, una ideología moderna) condicionó todo el siglo *xix*. En esta época, en la estela de las revoluciones de 1830-31 y 1848-49, el exiliado político nace como figura histórica, y en varios países de Europa occidental, así como en Estados Unidos, se establece y garantiza el derecho de asilo.<sup>28</sup>

En el siglo *xx* pueden distinguirse tres períodos de huida por motivos políticos: el primer período de entreguerras, cuando la Sociedad de Nacio-

nes y las ONG nacionales desarrollaron principios e instrumentos duraderos para gestionar crisis humanitarias a gran escala; la década de 1930, cuando los Estados occidentales fracasaron a la hora de hacer frente a los retos desencadenados por el fascismo y el nazismo; y la época de la Guerra Fría, cuando los refugiados vivieron lo que Gerard Daniel Cohen ha llamado su «edad dorada».<sup>29</sup> Esto último es cierto en la medida en que este fue el período donde se crearon y entraron en vigor la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados y otras normas fundamentales. Más recientemente, las medidas de Donald Trump contra la acogida de refugiados, las acciones de otros presidentes y primeros ministros afines en Europa y la desunión que todo ello ha sembrado en la Unión Europea (UE) han marcado el inicio de tiempos bastante menos favorables para los refugiados.

Si nos remontamos a los primeros años de la posguerra, ¿de verdad es «dorada» el adjetivo exacto? Para responder a eso, en principio habría que preguntar a los propios refugiados, y esa es precisamente la función de los retratos analíticos. Por un lado, hubo períodos en los últimos quinientos años en los que la huida resultaba relativamente fácil, pero en otros los refugiados fueron rechazados y solo pudieron alcanzar un lugar donde rehacer sus vidas tras tortuosos desvíos. Una de las preocupaciones centrales de este libro es identificar los factores que determinan cuándo tienden a prevalecer condiciones favorables o desfavorables para los refugiados, y explicar las causas de estas vicisitudes. En el mejor de los casos, existía un estrecho vínculo geográfico entre el país de origen de un refugiado y el de destino, como ocurría con quienes se fugaban del Bloque del Este. Una vez que cruzaban el telón de acero eran acogidos en los países occidentales de manera inmediata y con carácter permanente. Pero la mayor parte de estas huidas no estaban estructuradas de modo tan ventajoso, y los refugiados debían superar grandes distancias hasta que (con frecuencia, después de muchos años) encontraban un alojamiento permanente. Además de factores estructurales como estos, las actitudes normativas también resultan decisivas para determinar el tipo de acogida que probablemente se les dispense.

Como consecuencia de su estructuración según estos tres motivos principales de huida, las líneas temporales desarrolladas aquí discurren hasta cierto punto en paralelo. Cada uno de los tres capítulos siguientes comienza de nuevo en términos temporales y sigue luego su propia cronología. A primera vista puede resultar confuso, ya que ciertos períodos y a veces acon-

tecimientos individuales son tratados en más de una ocasión. Pero resulta inevitable, ya que, en determinados puntos de inflexión históricos (las dos guerras mundiales, por ejemplo), todas las tipologías de huida se dieron al mismo tiempo. La ventaja de este desglose topológico es que facilita comprender cómo los refugiados fueron absorbidos (o no) y en qué condiciones habrían podido empezar una nueva vida. Las cuestiones referentes a la historia jurídica no son motivo de interés aquí, aunque podrían escribirse muchos libros desglosando las convenciones internacionales sobre refugiados o las leyes y prácticas de asilo de cada país a título individual.<sup>30</sup> No obstante, los cambios más importantes en el derecho internacional y de asilo son un tema recurrente en los tres capítulos principales, en la medida en que dichos cambios moldearon la forma de acoger e integrar a los refugiados.

Cuando nos ocupamos de diferenciar entre las principales causas de huida —religiosas, nacionalistas y político-ideológicas— estamos tratando con tipos ideales en el sentido que les otorgó Max Weber. Varias minorías se vieron obligadas a abandonar su tierra natal debido a su confesión religiosa y a su nacionalidad. Además, el nacionalismo —al igual que la religión y la confesión religiosa— también ha sido siempre un tema muy político. Asimismo, las motivaciones de los refugiados eran diversas. Por ejemplo, aunque los ciudadanos del Bloque del Este, objeto de tantas simpatías en el contexto de la Guerra Fría, emigraban por convicciones políticas, las dificultades económicas también tuvieron su papel. Como ha señalado el historiador francés Stéphane Dufoix, en cada tipo de huida intervienen multitud de microdecisiones y microrrestricciones, que otros historiadores y científicos sociales han venido empleando asimismo entre otros indicadores en los últimos años para desgranar la recepción y gestión de los flujos migratorios y la legislación española sobre migración.<sup>31</sup> Por último, cabe preguntarse si este desglose topológico traza líneas divisorias artificiales, y si estas «grandes» categorías son viables para los fines de la investigación y la escritura históricas. A favor de este enfoque habla el hecho de que estas tres grandes causas de huida influyeron tanto en las actitudes de los países que absorbieron a los refugiados como en el progreso de su integración. Las distintas formas de solidaridad religiosa, nacional y política resultaron fundamentales a la hora de acoger a los refugiados y legitimar una política de «puertas abiertas» hacia ellos.

La apertura de las sociedades receptoras es también un factor crucial que afecta a la integración a largo plazo. Los procesos históricos de integra-

ción se analizan en cuatro áreas. La primera se refiere al estatus legal de los refugiados: si reciben el mismo estatus, derechos y ciudadanía en su país de adopción.<sup>32</sup> El espectro es bastante amplio en este caso, desde la igualdad jurídica inmediata —como en el caso de los expulsados alemanes a partir de 1945— hasta la exclusión deliberada.

Una segunda área de integración, examinada con frecuencia por los sociólogos y tratada aquí una y otra vez en relación a los refugiados, es el mercado laboral. Lo que está en juego en esta segunda y, quizá, más importante dimensión de la integración es si los refugiados pueden encontrar un empleo, hasta qué punto ese empleo se ajusta a sus capacidades y cualificaciones previas y si facilita la movilidad ascendente, al menos, para las generaciones venideras. Los primeros refugiados a menudo lograron ascender en la escala social, a veces incluso llegando a conformar una nueva élite, como hicieron los hugonotes en Prusia y como ocurrió también con los refugiados del sudeste de Europa en la República de Turquía.

La integración profesional y la movilidad social se basan con frecuencia en la movilidad geográfica, de ahí que la vivienda, la tercera área, adquiera tanta importancia. ¿En qué medida los refugiados y otros inmigrantes residen en barrios mixtos, en qué medida viven aislados, o incluso en campos? La cuestión de la integración (o desintegración) en el entorno vital ha dado lugar a frases hechas como «guetización» y «sociedad paralela». Y, como tantas veces, es un problema que va más allá de los debates sobre los refugiados y concierne también a otros migrantes. Algunos autores hablan aquí de cómo la noción de riesgo se ha desplazado hacia todo aquello que represente una posible ruptura del tejido social (inmigración, terrorismo internacional, pérdida de derechos laborales) como efecto colateral de la globalización.

La cuarta y última área, considerada a veces el mayor nivel de integración, es el comportamiento matrimonial. Ciertamente constituye un sólido indicador de integración que dos personas se casen por encima de las diferencias culturales, sociales y étnicas. Sin embargo, los historiadores especializados en Yugoslavia y la URSS saben que incluso los Estados y sociedades con altos índices de matrimonios mixtos pueden derrumbarse. También hay que advertir que no conviene interpretar la integración de manera demasiado literal en términos de «niveles», ya que ello implica un modelo modernista de integración lineal.

Hubo una época en Estados Unidos en la que el modelo predominante era el *melting pot* (crisol de razas), término inventado por un descendiente de segunda generación de judíos de Europa del Este que habían huido de los pogromos de la Rusia zarista (véase el capítulo 1). En los últimos años, muchos políticos europeos también parecen haber tenido en mente algún proceso similar al del crisol de razas cuando hablaban de «integración», pero parecían querer decir más bien «asimilación». Al margen de cómo se conciba la integración (lo cual dependería de preferencias políticas y culturales), tanto el término como el proceso suelen considerarse positivos. Esto se remonta a Durkheim, que utilizó la «integración» en un sentido normativo y advirtió sobre la desintegración de las sociedades industriales modernas. Los estudios sociológicos más recientes se guían por un enfoque más neutral y funcionalista, que este autor comparte.<sup>33</sup>

La filósofa Elizabeth Anderson ha marcado la pauta en los debates estadounidenses sobre integración, distinguiéndola asimismo con claridad de la asimilación.<sup>34</sup> Ambos términos tienen en común que son analizados con mayor intensidad cuando la integración (o, en épocas anteriores, la asimilación) ya no parece funcionar y cuando las crecientes fricciones en el seno de la sociedad despiertan las preocupaciones de los científicos sociales y de los (escasos) historiadores que optan por ocuparse de conceptos sociológicos.

El equivalente estadounidense más cercano a las discusiones europeas sobre la integración son los debates sobre el multiculturalismo. Resulta imposible diferenciar todos los detalles y fases de estos debates en la inevitablemente limitada introducción a un libro como este; sin embargo, los contornos de esta controversia merecen al menos una breve mención. En Estados Unidos, el debate se ha vuelto a la vez más asentado y más polémico. En la década de 1960, obras como *Beyond the Melting Pot* y *The Rise of the Unmeltable Ethnics* plantearon la cuestión de si una «ensaladera» sería quizá una metáfora más adecuada para Estados Unidos en tanto que «nación de inmigrantes».<sup>35</sup> En 1965 se reformó el restrictivo sistema de cuotas de la década de 1920 y surgió un consenso ampliamente aceptado que favorecía el concepto de «pluralismo étnico». Algún día, un consenso similar podría inspirar también a Europa, donde el multiculturalismo se ha convertido más en una molestia que en un estímulo para debates intelectuales y políticos constructivos. Pero en EE. UU. existe una controversia permanente respecto a qué versión de ese consenso debe prevalecer: la de la dere-

cha (asimilación) o la de la izquierda (conocida ahora como «multiculturalismo».<sup>36</sup> Más recientemente, en un artículo publicado en *The New York Times* en 2001 bajo el título «The Nation: Mexican-Americans; Forging a New Vision of America's Melting Pot», el americanista de origen mexicano Gregory Rodríguez sostenía que el multiculturalismo —que promueve la coexistencia de culturas separadas pero iguales— considera el concepto de crisol de culturas como una imposición de la cultura dominante, posición que compartieron por otro lado diversos legisladores constitucionales a lo largo de Hispanoamérica. Además, la preocupación por la inmigración ilegal (en especial la procedente de América Latina) y por un futuro no blanco y «mayoritariamente minoritario» en EE. UU. contribuyó entre otros factores al ascenso al poder de Donald Trump.

Los historiadores que investigan la integración deben enfrentarse a un problema bibliográfico adicional: pocas fuentes suministran información suficiente sobre el tipo de identidad que mostraban los individuos o grupos sociales, y si (o hasta qué punto) se sentían integrados en las sociedades receptoras. Debido a ello, este libro se centra más en su comportamiento social. Aunque esto pueda entrar en contradicción con el «giro lingüístico» y otros paradigmas posmodernos, creo que a menudo resulta más fructífero centrarse en lo que hicieron las personas que en lo que dijeron o pudieron pensar sobre su propia «identidad». Este enfoque parece especialmente propicio para hacer avanzar el debate hacia la consideración de procesos a largo plazo como la integración, que a menudo solo se producen en la segunda o tercera generación.

En lo que se refiere a las fuentes históricas, estas cuatro dimensiones de la integración —el estatus legal, el acceso al mercado laboral, los contactos sociales cotidianos y la integración familiar— rara vez pueden estudiarse a partir de datos concretos (del tipo que recogen los científicos sociales hoy en día). Cuanto más atrás se remonta un período, más difícil es encontrar información precisa sobre grupos de población, ocupaciones, movilidad social y entornos residenciales o de vida. En cambio, las estadísticas sobre naturalización o matrimonios son más fáciles de localizar, aunque en este caso (como en otras dimensiones de la integración) es importante prestar atención a las diferencias de género.<sup>37</sup> Sin duda, la investigación histórica sobre los procesos de integración no puede llevarse a cabo de manera tan sistemática como en las ciencias sociales, pero es posible llegar a algunas conclusiones derivadas de las dimensiones temporales más profundas de la historia.

Las condiciones previas a la integración varían de una época a otra, empezando por el tipo de Estado y el sistema político de un país determinado y llegando hasta sus condiciones económicas básicas.<sup>38</sup>

Quizá sirva de consuelo a los historiadores que estudian los procesos de integración del pasado descubrir que los datos disponibles para los estudios actuales sobre los refugiados no son mucho mejores. La mayoría de los datos continúan siendo recopilados por organismos estatales o por empresas subcontratadas por estos. Además, las encuestas gubernamentales, como el microcenso de la Oficina Federal de Estadística alemana, no distinguen entre refugiados y otros migrantes, sino que registran tan solo sus países de origen, lo que evidencia que la experiencia de la huida desempeña, en el mejor de los casos, un papel menor desde la perspectiva de las administraciones gubernamentales. Los refugiados, en cualquier caso, tienen otras preocupaciones y manejan un vocabulario distinto; al poco de llegar prima la mera supervivencia, tener un techo y encontrar alguna oportunidad de ganar dinero. No era tan sencillo, como de nuevo atestiguó Joseph Roth: «Por supuesto: ¡sus papeles! Media vida judía se desliza en una lucha infructuosa por los papeles...».<sup>39</sup> Lo que Roth quería decir es que él, como refugiado galitziano en Berlín y luego en París, pudo obtener el permiso de residencia y trabajo solo después de varios intentos. Su voz y la de otros refugiados se escucha en el último capítulo, centrado en las experiencias de huida. Mediante la narración de sus propias experiencias en público y por escrito, los refugiados se inscribieron en la historia de sus países de acogida. Muy a menudo se presentaban a sí mismos como trabajadores diligentes, obreros cualificados y portadores de procesos de modernización. Estas historias de éxito demandan un análisis crítico, pero en varios subcapítulos veremos cómo los países receptores casi siempre se benefician de la acogida de refugiados. Este mensaje es aún más relevante en tiempos (pasados y presentes) en los que los refugiados se presentan cada vez más como una amenaza, un riesgo para la seguridad y (por último, pero no menos importante) como inmigrantes ilegales.

## Migración y búsqueda de asilo

¿Cómo podemos diferenciar la huida de otras formas de migración? Prácticamente, no hace falta decir que la huida se produce bajo coacción y por la fuerza o bajo amenaza de esta. Aquí habría que distinguir dos variantes: la coacción directa, como la violencia armada o alguna otra forma de agresión

física, y la coacción indirecta. En este último caso, la gente huye por temor a la violencia y a un grave empeoramiento de sus condiciones de vida.<sup>40</sup> A diferencia de los viajes, en su mayoría bien organizados, que emprenden los inmigrantes económicos transatlánticos e intraeuropeos, estas rutas de huida suelen suponer graves amenazas para la propia vida e integridad física. Muchos refugiados se ven obligados a invertir años en una odisea por diferentes países, mientras que los trabajadores migrantes suelen tener ideas claras respecto a qué países se dirigen y se encaminan directamente a esos destinos. En general, puede decirse que los «factores de empuje» desempeñan un papel más importante en el caso de los refugiados, mientras que los «factores de atracción», como el atractivo de una nueva patria (a menudo idealizada) son más importantes para otros migrantes. La yuxtaposición de «empuje» y «atracción» es un viejo *topos* de la investigación sobre las migraciones, pero es un esquema que no se ajusta del todo a la historia de la huida de refugiados porque estos, en muchos casos, permanecen vagando de un país o incluso de un continente a otro hasta que logran sentirse lo bastante seguros como para empezar una nueva vida. Es el caso, por ejemplo, de los sirios que emigraron de Turquía a la UE en 2015. Turquía era una parada intermedia; pero seguían siendo refugiados, aunque políticos como el primer ministro húngaro, Viktor Orbán, lo pusieran en cuestión. (Es sorprendente lo ajeno que es Orbán a la historia de su propia nación y región. Si nos adhiriésemos a su noción de legalidad, entonces ninguno de los 200 000 refugiados húngaros que cruzaron la frontera con Austria en 1956-57 hubiese tenido la esperanza de alcanzar los países de exilio que más tarde los acogerían como residentes permanentes. El Gobierno austriaco también pareció víctima de esta amnesia selectiva. El reasentamiento internacional de los refugiados, al menos mediante una cuota de distribución dentro del territorio de la UE, es algo que la coalición de gobierno de los conservadores y la extrema derecha de Viena —brevemente en el poder hasta mayo de 2019, cuando, tras el conocido como «caso Ibiza», Los Verdes ocuparon el lugar de la ultraderecha— rechazó de manera sistemática. Sin embargo, fue justo esta clase de reparto de cargas entre países lo que salvó a Austria de una gran crisis humanitaria en 1956-57, 1968 y 1992).

En definitiva, la diferencia entre la migración laboral (*Arbeitsmigration*) y la migración de huida (*Fluchtmigration*) puede resumirse de manera bastante sencilla: un refugiado abandona su hogar para salvar la vida, mientras que un trabajador migrante lo hace para mejorar sus condiciones de vida. Una segunda distinción es la prevalencia o ausencia de violencia y trauma.

Hay, por último, una tercera diferencia que tiene que ver con la patria del migrante, que a menudo está vedada al refugiado, pero sigue siendo accesible para el migrante laboral. Muchos en esta última categoría envían remesas de dinero a sus familias e incluso construyen casas para su jubilación en su antiguo país —como ocurría en la década de los 60 con los trabajadores invitados españoles en Alemania y con las sirvientas españolas que trabajaban en Francia, situación esta última retratada en *Españolas en París* (1971) y, con cierta ironía crítica, en *Las chicas de la sexta planta* (2010)—, en tanto que los refugiados a menudo solo pueden soñar con regresar a los hogares que se vieron obligados a abandonar huyendo de la guerra y la destrucción.

Un concepto alternativo que circula en la bibliografía de investigación es el de «migración forzada». Aquí, sin embargo, conviene tener en cuenta que los movimientos migratorios rara vez son del todo voluntarios. Incluso la migración laboral es con frecuencia producto de la presión y de la angustia. Cuando las catástrofes naturales desencadenan la migración, las personas tampoco se marchan voluntariamente. Lo mismo ocurre con la migración por motivos medioambientales (volveremos a ella brevemente en el capítulo 4, cuando hablemos sobre la «crisis de los refugiados»). Los límites entre lo forzado y lo voluntario son, pues, difusos, lo que hace que especialistas en historia de las migraciones como Leo Lucassen o antropólogos dentro del ámbito hispánico expresen dudas fundadas sobre el concepto de migración forzada, concibiéndola como una expresión de las desigualdades mundiales.<sup>41</sup> Los refugiados se encuentran vinculados por su experiencia común de huida, por distintos que sean los detalles de sus historias, si bien los autodenominados exiliados tendían a permanecer más activos políticamente en los países de llegada y trataban de influir en sus países de origen. Su objetivo final era derrocar el orden político que los había obligado a marcharse. A veces, los exiliados se autodenominaban también emigrados, lo que sugiere una postura más pasiva y la resignación de que el exilio sería permanente.

Aunque existe una estrecha afinidad lingüística entre ambos términos, conviene no dar por sentada la identificación de los refugiados con su refugio. Algunos grupos incluso percibían el término «refugiado» como peyorativo y rechazaban la denominación, entre ellos los alemanes venidos de Europa oriental a la Alemania de la posguerra y los franceses que arribaron a la Francia continental desde Argelia. Además, esta denominación colectiva podría encubrir las diferencias internas. Por ofrecer solo un par de ejemplos,

los alemanes de los Sudetes procedentes de la industrializada Bohemia del Norte y los trabajadores agrícolas protestantes de Masuria (antes parte de Prusia Oriental, hoy Polonia nororiental) que llegaron a Alemania Occidental en 1945 tenían tan poco en común como un comerciante cristiano de Alepo y un campesino kurdo del valle del Éufrates que llegaran a Alemania, Austria o Suecia en 2015. Pero al buscar refugio y serles otorgado el estatuto correspondiente en los países de acogida, estos grupos tuvieron que lidiar con el término y en ocasiones optaron por identificarse a sí mismos como refugiados. Desde la década de 1980, cuando la opinión pública se volvió contraria a la inmigración, y en cierta medida también a los refugiados, surgieron una serie de términos peyorativos en las lenguas de todos los países occidentales. Se habló y se sigue hablando de «falsos solicitantes de asilo» (en alemán, *Scheinasylanten*), «refugiados económicos» (un término incómodo que arroja sospechas sobre los motivos de la huida) y, más recientemente, de «falsos refugiados», primero en Estados Unidos y, desde la irrupción electoral de Vox en las elecciones de 2019, por primera vez también en España (durante la crisis del barco de rescate de migrantes Open Arms en ese mismo año, uno de los representantes del partido en el Parlamento Europeo llegó a tachar a los migrantes rescatados a bordo no solo de falsos refugiados sino además de «falsos enfermos, falsos menores y falsos naufragos»). Estos términos tenían como objetivo deslegitimar a los refugiados, imputándoles motivaciones principalmente materiales.

Incluso en épocas históricas anteriores, la manera de tratar a los refugiados dependía menos de su historia previa y de las vicisitudes de su persecución y mucho más de las actitudes y de las élites políticas de la sociedad que los acogía. En cualquier país que quisiera distinguirse de las dictaduras comunistas durante la Guerra Fría, los refugiados de Europa del Este o de Cuba eran bienvenidos como prueba viviente de las violaciones de los derechos humanos y de las dimensiones oscuras o incluso criminales del estalinismo y del socialismo de Estado. Si la huida se producía en tiempos de crisis económica, las puertas se cerraban, tanto en el discurso como en las fronteras nacionales.

Sin embargo, una cosa sí que es nueva en esta época de democracias de masas posmodernas. Los refugiados se utilizan cada vez más para agitar a la opinión pública con fines de campaña y fomentar el nacionalismo sin complejos. Los detalles semánticos de estos discursos públicos son tan im-

portantes como las diferencias entre las distintas huidas y los distintos grupos de refugiados, que una obra de historia ha de tener también, por supuesto, en cuenta.

Algo que los «trabajadores invitados» de la Alemania de la posguerra, Austria, Francia y otros países europeos tienen en común con los refugiados de épocas anteriores es que, al igual que las sociedades que los acogieron, al principio solo esperaban quedarse de manera provisional. La primera generación de refugiados, en particular, llevaba la «maleta preparada», a pesar de que normalmente no había opción de retornar a consecuencia de las limpiezas étnicas y los conflictos religiosos. Los refugiados políticos, por el contrario, conseguían volver a sus hogares desde el exilio con más frecuencia, ya que las grandes dictaduras del siglo xx demostraron tener una vida inesperadamente corta. En algunos casos, los antiguos refugiados llegaron a ocupar altos cargos públicos, como en el caso de Willy Brandt y Bruno Kreisky, que habían pasado sus años de formación en el exilio, o en el de varios presidentes de los países bálticos en la década de 1990. Sin embargo, a diferencia de la situación de los trabajadores migrantes, la remigración a la antigua (e imaginada) patria continuó siendo una excepción anómala; en la mayoría de los casos, los refugiados permanecían en los países que los habían absorbido, casi siempre con un impacto positivo en sus sociedades y economías. En la actualidad, de hecho, abundan las evidencias del beneficio macroeconómico que los inmigrantes aportan a las sociedades receptoras, compiladas por instancias tan poco cuestionables como el Defensor del Pueblo en su informe de 2020, donde llama la atención sobre el «efecto expulsión» existente en los diversos países de origen en contraposición al manido «efecto llamada» repetido como un mantra por la derecha nacionalista.<sup>42</sup>

Últimamente se ha hablado poco de este beneficio. Desde el otoño de 2015, los debates sobre los refugiados, tanto en la opinión pública como en los medios de comunicación, se han centrado casi exclusivamente en las cargas excesivas y las amenazas que los refugiados representan para las sociedades de acogida. Sin embargo, en la década de 1920 y en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial se produjeron movimientos de refugiados en números mucho mayores en relación con el tamaño de la población mundial.<sup>43</sup> Esto es especialmente aplicable a Europa, que hasta 1947 se vio más afectada por las huidas masivas de refugiados que cualquier otro continente.

## Reflexiones sobre el espacio: una Europa más amplia

Pero ¿qué entendemos realmente por «Europa» y cómo podemos aplicar este concepto geográfico y político a la historia? Desde el derrumbe de la Unión Soviética, Europa se equipara cada vez más con la UE. Aunque muchos europeos y no europeos comprenden, por supuesto, que el continente termina al este, en los montes Urales, la integración europea en el marco de la UE ha reforzado la percepción del Bósforo y el Egeo, al sudeste, como una frontera geográfica fija y casi natural (la visión del Cáucaso es mucho menos clara en este sentido). Cada una de estas fronteras es, como señaló Norman Davies en su gran síntesis de la historia europea, una construcción política. Davies destacó la cuestión de las visiones y fronteras cambiantes del continente empleando el término *tidal Europe*; una Europa, podríamos decir, cuyas fronteras se hallan sometidas al capricho de las «mareas». <sup>44</sup> En efecto, al este y al sudeste del continente, las fronteras geográficas, políticas y culturales no eran en absoluto tan claras como pueden parecernos hoy. Hace unos cien años, los conflictos por los territorios europeos del Imperio otomano, que en 1912 aún se extendía hasta el Adriático y la actual Serbia, se trataban como una «cuestión oriental». Los occidentales, claro está, no situaban necesariamente Oriente en Oriente Próximo, sino, en ocasiones, en el sudeste de Europa. <sup>45</sup> Al mismo tiempo, hasta las guerras de los Balcanes de 1912-13, el Imperio otomano formaba parte del equilibrio de poderes y del sistema estatal europeo. La República de Turquía se fundó en el contexto de la construcción de los Estados nación europeos después de la Primera Guerra Mundial. Estas cuestiones de fondo constituyen un poderoso argumento para tratar al Imperio otomano y a Turquía —a pesar de todos los conflictos políticos actuales— como un componente más de la historia europea en la misma medida que el Imperio ruso y la Unión Soviética. <sup>46</sup>

De hecho, los Estados sucesores del Imperio otomano en Oriente Medio —Egipto, Palestina, Siria, Líbano, Jordania e Irak— también tienen vínculos con Europa, entre otras razones porque surgieron como resultado del dominio colonial francés y británico. Israel fue fundado por refugiados y emigrantes venidos de Europa que, tras la Segunda Guerra Mundial, quisieron establecer un Estado nación según el modelo europeo, lo que condujo a flujos masivos de refugiados en esta parte del mundo. Ya ocurrió una vez, hace apenas cien años (1922-23, como resultado de la guerra greco-turca), que cerca de un millón de personas huyeron a través del Egeo

de tal manera que el orden público y los valores europeos se vieron afectados, aunque en circunstancias distintas y mucho más desfavorables.

Todos estos y otros muchos contextos pueden entenderse mejor si ampliamos nuestra visión de la historia europea para incluir las «regiones vecinas» más allá del Mediterráneo y los territorios asiáticos del Imperio ruso o la Unión Soviética. Parece casi una banalidad afirmar que la historia de Europa siempre ha estado profundamente conectada con las Américas y Estados Unidos, pero resulta especialmente cierto en lo que respecta a los movimientos de refugiados y al desarrollo de las instituciones internacionales de apoyo a los refugiados, como ACNUR. Ampliar nuestra perspectiva hacia el este, el sur y el oeste se justifica por motivos empíricos, ya que tanto Novosibirsk como la remota Vladivostok, Buenos Aires y Boston han sido moldeadas por personas y culturas provenientes de Europa; Beirut fue llamada en su día el «París de Oriente Medio», y la población de Estambul acogió una mayoría cristiana hasta bien entrado el siglo XIX. Esta apertura de la historia europea debe interpretarse no como un intento de restar importancia al colonialismo europeo, sino de tener más en cuenta las relaciones políticas, sociales y culturales de Europa con las regiones vecinas. También ayuda a complementar la historia global, que suele estudiar Europa centrándose en sus relaciones y colonias de ultramar (temas que también se plantean aquí, sobre todo en el capítulo 2, donde habla de la huida de refugiados y la remigración derivadas de la descolonización). La historia global y los estudios poscoloniales han demostrado ser enfoques fructíferos, pero se ven influidos por las percepciones coloniales del espacio y una visión occidentalista de las relaciones globales.

La visión de una Europa más amplia y términos como «Occidente» (tal como se presentan aquí) tienen también sus inconvenientes y limitaciones. Ambos pueden dar lugar a acusaciones de «eurocentrismo». En respuesta a este contundente argumento diré que mi propia perspectiva se basa en una concepción diferente, sobre todo más oriental, de Europa, y no de la mitad occidental del continente. (Lo que se critica como «eurocentrismo» a menudo podría etiquetarse con mayor precisión como occidentalismo). Además, resulta inevitable prestar mucha atención a Europa, ya que la historia de los refugiados y la búsqueda de asilo tiene orígenes europeos. La conocida como Reconquista española supuso el primer caso de un país entero purgado de minorías indeseadas; en el siglo XVII se extendió el concepto de *réfugié* a resultas de la persecución de los hugonotes; en el «largo» siglo XIX, el

Imperio otomano ocupó el primer puesto como «país de refugiados», acogiendo a unos cuatro millones de personas procedentes de los territorios perdidos en el sudeste de Europa.

Más tarde, en la época de la «larga» Primera Guerra Mundial (1912-23) —un conflicto librado en su inmensa mayoría en suelo europeo—, los refugiados se convirtieron en un problema mundial. De este modo, hasta bien entrada la década de 1950, fue en Europa donde se produjeron la mayor parte de los movimientos de refugiados, y en particular los más numerosos. Sin embargo, convendría reconocer que hoy día la gran mayoría de los refugiados han sido desplazados de las zonas de conflicto en el Sur global. Por ello, cualquier libro sobre los movimientos recientes o actuales de refugiados y los retos políticos derivados requeriría un enfoque geográfico distinto y más amplio.<sup>47</sup>

Pero en lo que respecta a la primera mitad del siglo xx y a períodos anteriores, podemos extraer una gran cantidad de datos si nos centramos en Europa. Lo mismo ocurre con la noción de los derechos humanos, que fue constitutiva de la Convención de la ONU sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 y sus predecesoras en el período de entreguerras. Muchas ideas claves de esa convención y el régimen de refugiados de entreguerras se originaron en el Viejo Continente, no porque la «civilización europea» fuera superior, sino por el indiscutible éxito de Europa en el desarrollo del nacionalismo radical y el racismo hasta casi acabar destruida en dos guerras mundiales. Como ejemplo negativo de auténtico eurocentrismo podríamos señalar la restricción geográfica de la Convención de Ginebra de 1951 a Europa, como si en aquel momento no hubiera habido también graves problemas de refugiados en otras partes del mundo.<sup>48</sup> De hecho, unos treinta millones de personas se vieron desplazadas en China durante la Segunda Guerra Mundial, y en 1947, como consecuencia de la partición de la India, más de doce millones de personas perdieron su patria (una catástrofe en la que los europeos, y más concretamente Reino Unido como potencia colonial, desempeñaron un papel poco edificante). Sin embargo, la India, Pakistán y otros Estados recién independizados no ratificaron la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados, por temor a que ello los situara de nuevo bajo la influencia de las potencias coloniales europeas.

Un protocolo añadido en 1967 eliminó finalmente este defecto de nacimiento de la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugia-

dos; su validez jurídica y su radio de acción se extendieron al conjunto del planeta. Este proceso de universalización tuvo también sus inicios en la proximidad inmediata de Europa. Entre 1954 y 1962, unos 200 000 argelinos huyeron de la guerra de independencia en su país hacia Túnez y Marruecos, donde fueron atendidos por ACNUR. La globalización de la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados no era más, pues, que el siguiente paso lógico.

También es necesario un mayor conocimiento del vecindario europeo más próximo para que los refugiados de Oriente Medio llegados desde 2015 logren una mejor integración. Mientras nuestra información básica respecto a los países de origen de los refugiados —en el caso de Siria, sobre los alauitas, los asirios, los miembros de diferentes convicciones religiosas suníes, o sobre nacionalidades como los kurdos— siga siendo muy limitada, la integración será difícil, o por lo menos más difícil de lo necesario. También aquí es pertinente un ejemplo histórico: cuando, tras la Conferencia de Lausana hace apenas cien años, los cristianos de Asia Menor fueron reubicados a la fuerza, los funcionarios de las grandes potencias e incluso los habitantes de Grecia se asombraron al descubrir que muchos de estos cristianos apenas sabían griego, sino que hablaban turco. Los «karamanlides» de Anatolia fueron estigmatizados como extranjeros, lo cual retrasó su integración en el país durante décadas. Esto empujó a muchos de ellos a los brazos de los comunistas y contribuyó al estallido de la guerra civil griega en 1945.<sup>49</sup>

Esta visión ampliada de Europa y de su historia se nutre, en particular, de la movilidad geográfica de los refugiados, que incluso en épocas anteriores recorrieron miles de kilómetros por rutas terrestres, atravesaron el Mediterráneo por diferentes trayectorias e incluso, por supuesto, cruzaron el Atlántico. La movilidad ha vuelto a aumentar en tiempos recientes gracias a los nuevos medios de comunicación. Sería difícil probar o refutar que los *selfies* que los refugiados se tomaron con la hasta hace poco canciller alemana Angela Merkel y que fueron enviados por todo el mundo a través de Facebook, WhatsApp y demás redes sociales actuaran como un potente factor de atracción para el millón de sirios, iraquíes y afganos que llegaron a Europa en aquel año. La mayoría de estos *selfies* eran, de hecho, fotos profesionales de prensa de la canciller tomadas en un hogar para refugiados de Berlín. Lo que es incuestionable es que la comunicación ha acercado al mundo, en especial a los países de Europa y los del otro lado del Mediterráneo.



Alan Kurdi se ahogó junto a su hermano mayor y su madre cuando una embarcación sobrecargada de refugiados volcó en el trayecto entre la costa turca y la isla griega de Kos. La familia había recurrido a contrabandistas porque carecía de los visados necesarios para emigrar de forma regular. Su objetivo era reunirse con una tía que vivía en Canadá. El cuerpo de Alan apareció en la playa del balneario turco de Bodrum el 2 de septiembre de 2015. Allí yacía el niño como un

resto más del naufragio, vestido con total normalidad con una camiseta, pantalones cortos y zapatos de niño pequeño. El cuerpo parecía ileso, pero la cabeza de Alan estaba medio sumergida. Las fotos tuvieron un fuerte eco en los medios de comunicación y en la política: la ministra de Asuntos Exteriores sueca, Margot Wallström, rompió a llorar ante las cámaras de televisión; el primer ministro británico, David Cameron, se comprometió a acoger anualmente a 20 000 refugiados sirios, y los Gobiernos austriaco y alemán anunciaron tres días después la apertura de sus fronteras a los miles de refugiados que habían conseguido llegar a Hungría y que estaban paralizados en la estación de tren del Este, en Budapest, además de en campamentos provisionales. Las imágenes de Alan Kurdi desataron tal rabia porque no fueron escenificadas o —en la jerga posmoderna— «construidas». La inocencia de un niño parece conmovernos más allá de las fronteras culturales, mientras que a los refugiados adultos se les imputan todos los motivos ocultos imaginables. El 4 de septiembre de 2015, Alan Kurdi fue enterrado junto a su hermano y su madre en su ciudad natal, Kobane, al norte de Siria, asediada durante meses por el ISIS.

Entre la antigua y la nueva patria, si es que llega a serlo, hay una larga y peligrosa travesía. Según datos de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), la ONG más importante en este ámbito, solo en 2015 unas 3770 personas perdieron la vida huyendo a través del Mediterráneo, y en 2016 el número de personas ahogadas ascendió a más de 4500.<sup>50</sup> Lo más seguro es que el número de casos no documentados sea

considerablemente mayor, ya que muchas víctimas anónimas desaparecen sin dejar rastro y sus cuerpos se hunden en el mar. Distinto y, además, trascendental fue el caso de Alan Kurdi. Las imágenes tomadas a este niño de tres años que se ahogó en septiembre de 2015 mientras cruzaba el Egeo conmovieron al mundo y contribuyeron a que Austria y Alemania decidieran no cerrar sus fronteras a los refugiados de Oriente Medio. Como veremos en el capítulo 4, las fronteras nunca se abrieron en sentido literal; simplemente no se encontraban cerradas cuando las masas de refugiados alcanzaron Austria en septiembre de 2015.

A pesar de tantas muertes en el Mediterráneo, los desplazamientos de refugiados a lo largo de amplias regiones son hoy más fáciles que en épocas anteriores de la historia, cuando decenas y a veces cientos de miles morían en el curso de la huida. Por el contrario —y esa es una tesis adicional de este estudio—, las condiciones previas para la integración social han ido empeorando desde la década de 1970.<sup>51</sup> Las razones son varias, pero están relacionadas sobre todo con los cambios en el mercado laboral, la disminución de la movilidad social y el desarrollo de los medios de comunicación, así como con un círculo vicioso de preocupaciones sociales y actitudes negativas.

¿Están justificadas las preocupaciones actuales respecto a la integración de los refugiados y demás migrantes? Aquí hay que decir que Alemania y otros Estados europeos han conseguido hacer frente a movimientos de refugiados mucho mayores a lo largo de su historia. No cabe duda de que la integración de los 890 000 refugiados que llegaron a la República Federal en 2015 (en 2016 se registraron unos 280 000) supone un gran desafío. Lo mismo puede decirse de la situación en Austria y Suecia, dos países que han acogido una cifra similar o incluso mayor de refugiados en relación con el total de su población. Sin embargo, a lo largo de la historia varios países han logrado gestionar un número mucho mayor y en circunstancias económicas y políticas más desfavorables. La historia también muestra cómo alcanzar el tipo de solidaridad que toda sociedad, y en especial toda democracia, necesita. Analizaremos los ejemplos históricos de integración por grupos de refugiados tras el relato de su huida y de su acogida en los respectivos países de destino. Conviene advertir de antemano que no es factible hablar de todos los grupos de este modo, y desde luego no de todos los países de destino de los refugiados. Una historia

comparativa de la integración en este sentido habría de seguir parámetros muy precisos y sería un proyecto a gran escala que ocuparía varios años. Sin embargo, sí es posible extraer algunas ideas de los resultados relativos a los procesos históricos de integración presentados aquí. Para ello no me he limitado a la historia contemporánea, sino que me he remontado en el tiempo deliberadamente para abarcar un período cronológico más extenso, ya que muchos estudios actuales sobre la llamada «crisis de los refugiados» son, dicho sea con el debido respeto, bastante someros. Resulta discutible cuánto podemos aprender realmente de la historia, sobre todo de sus capas cronológicas más profundas, pero sin duda se obtendría una ganancia lo bastante valiosa si aspiráramos a no repetir los errores del pasado.

Un error que debe evitarse especialmente es el rechazo frontal a los refugiados, como ocurrió en los años treinta e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, rechazo que costó la vida a cientos de miles de personas. El fracaso de la huida de sus respectivos países constituye, pues, otro tema recurrente en estas páginas. La negación de acogida a los refugiados tuvo, además, un impacto en la integración de los migrantes y refugiados que habían llegado con anterioridad. La exclusión de cara al exterior siempre ha traído consigo la exclusión interna. Por tanto, lo que ahora está en juego es algo más que el destino de algunos «forasteros» que han perdido sus hogares como resultado de la guerra y otros conflictos violentos. Lo que está en juego es el orden normativo de Occidente, si seguimos respetando los derechos humanos en nuestras fronteras y en el extranjero, y la respuesta a esta cuestión afecta al modo en que se respetan esos mismos derechos en el seno de cada país, y repercute nada menos que en la paz social de nuestras sociedades. Un país pequeño y muy homogéneo como Hungría puede ser gobernado por un líder autoritario empeñado en un nacionalismo excluyente y una postura antiinmigración, en apariencia sin grandes perturbaciones (aunque la minoría romaní sufrirá como consecuencia, y también, a largo plazo, los judíos húngaros). Pero si países como Alemania, Francia, Reino Unido o Estados Unidos, con su mayor diversidad étnica, aplican las recetas ideológicas de la derecha nacionalista, los riesgos son mucho mayores. Un etnonacionalismo sin complejos probablemente alienaría a una parte de sus poblaciones inmigrantes, provocando un aumento de las tensiones interétnicas y raciales. Es probable que el muro físico que el expresidente Trump pretendía levantar en la frontera con México hubiese creado a su vez muros mentales entre los distintos

grupos étnicos que ya viven en Estados Unidos, así como barreras mentales contra el mundo exterior en su conjunto. Además, la preocupación de los medios de comunicación por cubrir y, en ocasiones, condenar la agenda del muro fronterizo de Trump quizá desviase la atención de simples hechos geográficos y materiales. Sería materialmente imposible construir un muro en el golfo de México o en el océano Pacífico (como ya han comprobado los europeos en el Mediterráneo), por lo que, en última instancia, Estados Unidos (al igual que Europa) hubiera acabado pagando unos costes drásticamente más altos por la protección de las fronteras tanto en tierra como en el mar, lo que bien podría haber supuesto la llegada de nuevas oleadas de «gente de los botes» en embarcaciones improvisadas. No obstante, los historiadores deberían abstenerse de anunciar tales distopías. Existen múltiples ejemplos positivos de gestión constructiva de los movimientos de refugiados. Estos esperanzadores precedentes —junto con las propias acciones y agendas de los refugiados— constituyen el tema central de este libro.

# ÍNDICE

<i>DRAMATIS PERSONAE</i> .....	9
INTRODUCCIÓN. REFUGIADOS Y BÚSQUEDA DE ASILO DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA.....	11
Los refugiados como campo de investigación .....	19
Migración y búsqueda de asilo.....	27
Reflexiones sobre el espacio: una Europa más amplia .....	32
1. LAS RAÍCES DE LA INTOLERANCIA: CONFLICTOS Y REFUGIADOS RELIGIOSOS .....	41
Los musulmanes y judíos españoles .....	42
El refugio de los hugonotes.....	49
La Reconquista del sudeste de Europa .....	61
Huida de los pogromos .....	69
Víctimas y verdugos: el Imperio otomano tardío.....	71
El extenso legado de violencia religiosa y solidaridad .....	75
2. LAS DOS CARAS DEL NACIONALISMO: LIMPIEZA ÉTNICA Y SOLIDARIDAD NACIONAL.....	83
El ascenso del nacionalismo moderno y la «larga» Primera Guerra Mundial.....	83

El «traslado limpio»: huida masiva y desplazamientos de población en la década de 1940 .....	103
El caso de Palestina .....	140
Flujo de refugiados derivado de la descolonización y remigración.....	161
Limpieza étnica en la antigua Yugoslavia .....	173
La (ir)responsabilidad de proteger .....	185
3. REFUGIADOS POLÍTICOS Y EL SURGIMIENTO DE UNA POLÍTICA INTERNACIONAL DE REFUGIADOS .	197
La gestación del refugiado moderno en el «largo» siglo XIX .....	197
La guerra civil rusa y el naciente régimen internacional de refugiados .....	222
Huida del fascismo .....	228
Los inicios de la Guerra Fría y las personas desplazadas .....	238
Puertas abiertas a Occidente: 1956, 1968 y la «gente de los botes» .	258
Huida de Polonia y primera reacción contra los refugiados .....	293
Resumen .....	311
4. POLÍTICA DE REFUGIADOS TRAS LA GUERRA FRÍA	321
Humanitarismo a partir de 1989 y la «Fortaleza Europa» .....	321
La crisis de los refugiados sirios en Europa.....	345
Los límites del humanitarismo .....	366
Experiencias de huida: a modo de resumen.....	387
AGRADECIMIENTOS.....	395
NOTAS.....	399
RECURSOS DOCUMENTALES .....	443
BIBLIOGRAFÍA .....	445
ÍNDICE ALFABÉTICO .....	461

*Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres del Servicio de Publicaciones  
de la Universidad de Zaragoza  
en marzo de 2022*



LA HISTORIA DE LA EUROPA MODERNA NO SE ENTIENDE SIN los flujos de refugiados. Ther bucea en las razones detrás de su huida: intolerancia religiosa, persecución política y nacionalismo radical. A través de relatos personales ilustra sus dificultades, apunta los factores que condicionan la integración y analiza los repetidos fracasos de la política internacional y las lecciones aprendidas tras la Convención de Ginebra (1951). El humanitarismo, según nos muestra, fue siempre una postura frágil en el marco de las políticas de refugiados. Ahora que los populismos atizan el temor al fracaso de su integración, nos recuerda hasta qué punto los países receptores tienden a beneficiarse de su acogida.



Prensas de la Universidad  
Universidad Zaragoza



Calidad en  
Edición  
Académica  
Academic  
Publishing  
Quality

**PHILIPP THER**

**es catedrático de Historia**

**Contemporánea en la Universidad de Viena. Ha trabajado como profesor de Historia Comparada de Europa en el IUE de Florencia y en la Universidad de Harvard. En 2020 fundó el Research Center for the History of Transformations (RECET) bajo el paraguas de la Universidad de Viena, destinado al estudio de los procesos de transformación de Europa Central y Oriental desde una perspectiva global, con especial énfasis en la historia económica, la migración y los movimientos sociales. En 2019 obtuvo el Premio Wittgenstein, galardón mejor dotado en el ámbito de las ciencias que concede el Gobierno de Austria. *Extranjeros* es su primera obra aparecida en español.**